

Una Hora Para Morir

Escribe: **CÉSAR RICARDO NIERI**

• Bienvenidos a una transmisión más de *Una hora para morir!* Recuerden que además de vernos por este canal, pueden sintonizarnos en nuestras diversas ventanitas virtuales. Para quienes nos siguen por primera vez, les aclaro que nuestros asesores legales han realizado, durante años, un trabajo incansable para concretar esta original y atrevida propuesta de entretenimiento.

Las reglas son las siguientes: transmitimos la última hora de vida de una persona que ha sido elegida tomando en cuenta sus propias sugerencias. El proceso es sencillo: si desean que alguno de sus conocidos muera, pueden inscribirlo como postulante. Mientras más justificaciones aporten al momento de candidatearlo, habrá mayores probabilidades de que sea seleccionado. Una vez electo, nos encargamos de traerlo a "La Habitación".

¿Pero qué sería de la vida—o más bien de la muerte—sin segundas oportunidades? En cada episodio habrá la posibilidad de salvar a la víctima a través de una llamada. Cualquiera puede intentarlo, pero solo hay una persona *correcta* y solo a ella le contestaremos. Recién en ese momento habilitaremos el audio, que ha sido eliminado para contemplar en total silencio las últimas expresiones y gestos de nuestro protagonista.

Sin más preámbulos, que comience la cuenta regresiva. Buenas noches y buenas muertes, amigos.

Al otro lado de la pantalla, bajo la atenta mirada de millones de personas alrededor del mundo, Adrián se adaptaba a la iluminación aséptica de "La Habitación". Era fan de aquel programa desde hace meses, así que conocía su funcionamiento al detalle. Nadie lo iba a escuchar por más que gritara, por eso ni siquiera lo intentó. Pero cómo hubiera deseado que todos oyeran la farsa detrás de aquel espectáculo. Sabía tam-

bién que entre aquellas cuatro paredes no había mucho que hacer. Un cuaderno, crayones, una cama, un televisor que transmitía contenido pornográfico, una guitarra. Básicamente las distracciones elementales para distintos tipos de personalidades. Muchos dedicaban los primeros minutos a llorar, buscar la forma de huir o apelar a la piedad de los televidentes, pero luego se resignaban. Había los que tocaban en la guitarra una canción muda con la mirada perdida, los que se masturbaban una última vez o los que apuntaban nombres que pudieran salvarlos en el cuaderno. Hasta ahora ninguna llamada había entrado, y supuso que aquella regla era otro engaño. Se iría dignamente pero dejaría su testimonio. Tomó un crayón y empezó a escribir en la pared, convencido de que en la transmisión deformarían sus palabras con mosaicos:

Mi nombre es Adrián Villalobos y propuse a Alicia Barrios para morir. Lo hice por lo que pasó cuando éramos jóvenes, porque destruyó mi vida con su comportamiento. No tengo tiempo para entrar en detalles, pero créanme que era justo que muriera, no podía permane-

El Cuento de las 1,000 Palabras

César Nieri (Lima, 1984) / Licenciado en Comunicación (Universidad de Lima). Docente, director del taller de narrativa y poesía, y de la revista de literatura *Un vicio absurdo* en la misma universidad. Ha publicado el poemario *Extraño Abril* (2012), con el sello Elepé de Borrador Editores y la Editorial Colmillo Blanco. Este año publicará, con la editorial Animal de invierno, su primer libro de relatos. Sigue a Fante, Carver, Capote, Roth, Ribeyro y la serie *Black Mirror*.

cer impune, no se merece la felicidad de la que ahora goza. En cambio me trajeron a mí, revelándome su forma de proceder: los que proponen a alguien terminan, en realidad, siendo los verdaderos candidatos; con la excusa de que ya somos culpables de asesinato, autores intelectuales. Voy a morir, pero quisiera que algún día Alicia supiera que

Lo interrumpió el timbre de una llamada.

—¿Aló? —pronunció tímidamente una voz de mujer.

Adrián dudó, miró con reparo hacia cada una de las cámaras.

—¿Esta es otra trampa? —renegó él.

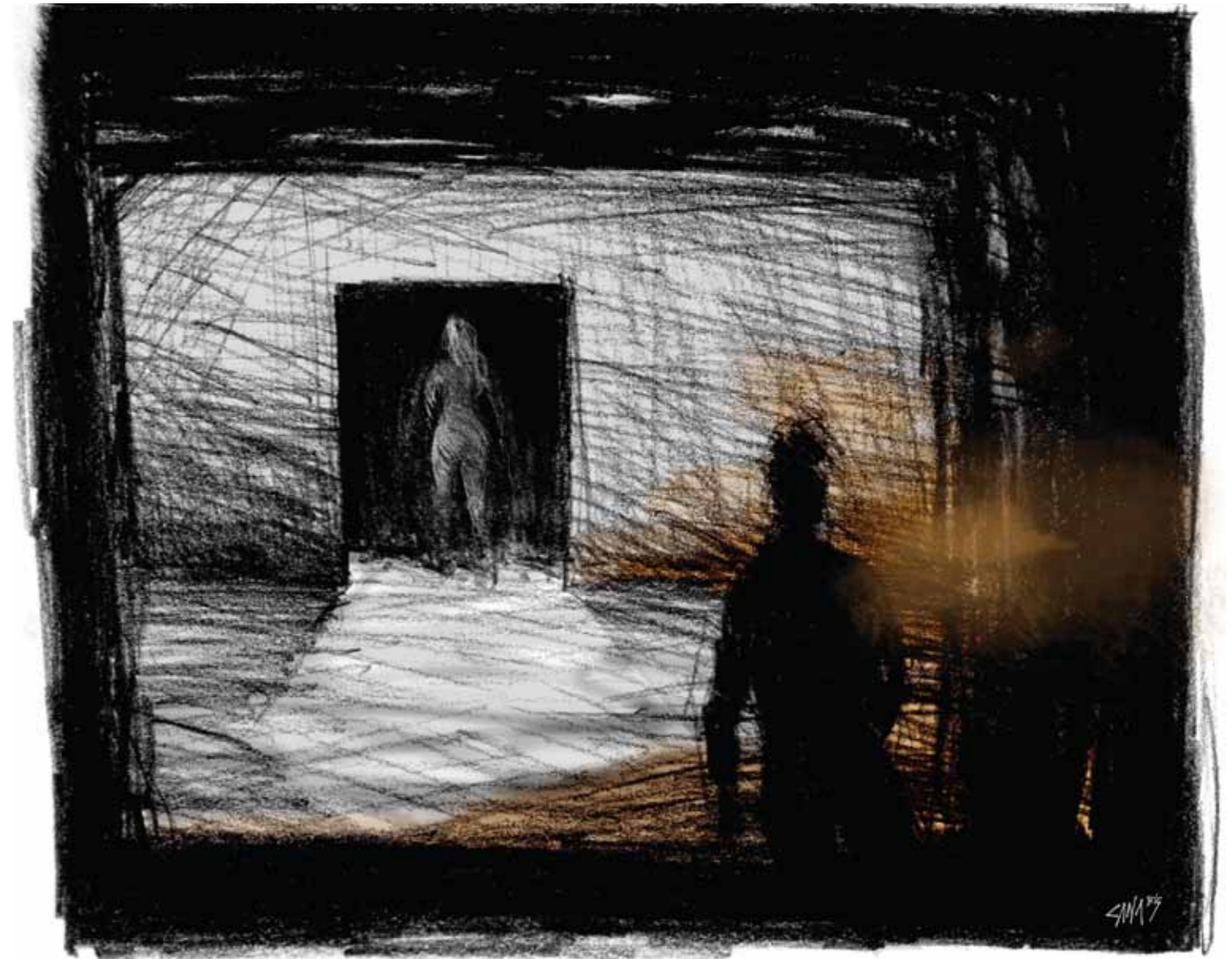
—¡Adrián! ¿Sí puedes escucharme?

—¿Quién eres? —preguntó con temor de conocer la respuesta.

—¡Soy Alicia! No iba a marcar porque sé que desde hace tiempo ni siquiera hablamos, pero quería por lo menos intentarlo. Estoy contenta de haberme animado, sabes que puedes contar conmigo. ¡Todo va a salir bien! Ahorita mismo me están llevando a verte.

Disimular se le hacía casi imposible a Adrián, pero su genuina confusión era una buena coartada. Debía calcular cada una de sus palabras, domesticar su voz para no delatarse en ninguna sílaba.

—¡Alicia! ¡Tantos años sin saber de ti y ahora llegas para solucionar esto! —dijo forzosamente, induciéndose la euforia.



—Al verte allí me sentí muy mal de seguir este programa. Creo que nunca me lo tomé muy en serio, pensaba que la gente que aparecía eran actores o algo así, que era ficción después de todo.

—Claro, Alicia. Es algo terrible pero lo vamos a terminar, después de mí ya no creo que nadie pueda seguir viéndolos. Es un espectáculo morboso.

—Sí...

Adrián oyó que alguien la interrumpía del otro lado del auricular.

—¿Está todo bien, Alicia? ¿Te están amenazando?

—¡Alicia!

—Sigo acá, tranquilízate. Resulta que me acabo de enterar de algo, Adrián.

—¿De qué?

—Se me hace bien difícil esto.

¿Es verdad que estás ahí porque diste mi nombre?

Adrián mantuvo la calma, a pesar de que notó que el iris de una de las cámaras enfocaba la pared donde había escrito su mensaje. Su confesión ya debía estar al aire.

—No sé qué decirte, la verdad. Pero no soy como tú, Adrián —soltó ella con lástima—, quizá esto te sirva para que entiendas que nunca quise herirte, que todo siempre estuvo en tu cabeza. No me voy a seguir sintiendo mal por lo que creíste que pasó.

Entonces los espectadores oyeron lo mismo que Adrián: el clic de la puerta al abrirse. Después, la voz del presentador: ¡Este será un capítulo inolvidable, sean testigos de una reconciliación más allá de la muerte!

Alicia cruzó, casi inexpresiva, el umbral de "La Habitación". Adrián supo que ella no quería, que era una condición que le habían impuesto para salvarlo, y así inflar el circo. Sin dejar de mirarla fijamente, se acercó a ella y pudo percibir el temblor en sus labios. Pasó de largo sin decirle nada y, cuando todos los espectadores creían que iba a encontrarse con su libertad, se volvió hacia otra de las cámaras: —Les voy a dar más de lo que vinieron a ver —aseguró, mientras cerraba la puerta.

Bastó una cuerda de guitarra arrancada y algo más de un minuto para cumplir con su promesa. Pero la cámara permaneció encendida hasta que terminó de desnudar el cuerpo inerte de Alicia y él mismo empezó a quitarse el pantalón. ■